

...con las REVISTAS

«EL CIERVO», octubre 1962

«Los hombres y el turismo»

por José Toro

Coincidiendo con la promoción turística, se desarrolla en España una literatura del turismo, un variado análisis ensayístico del nuevo fenómeno social. Destacamos entre tantos finos comentarios, el de J. Toro, que en su brevedad resulta un penetrante examen del problema (porque el turismo, por desgracia, también es un problema).

Pero a veces J. Toro puede ser completado con alguna modesta apostilla. ¿Es exacto cuando dice que el turista medio que viene “de vacaciones” a nuestro país viene con la predisposición de transformar en hedonismo su etapa de descanso? Quizás ese turista barbado que luce su “slip” en plena calle y busca desahogos a ultranza puede dar pie a la hipótesis. Pero apenas. Porque más bien se tiene la impresión de lo contrario. Ese turista “typical” y la gran mayoría de los turistas extranjeros ponen sabiamente su descanso en la liberación de lo cotidiano, y su renovación psicológica la hacen compatible con un cansancio físico notable. La ola turística no recalca en la Costa del Sol, sino que la atraviesa superficialmente, ansiosa de nuevos lugares campestres o playeros, de nuevos monumentos y folklores. Y desafía por el afán de recolectar imágenes (no por el placer de “penetrar” en ellos), toda la española incomodidad de vehículos y albergues.

El “alto turismo” no viene aún a España, aunque ya hay muchos síntomas de que empieza a acudir. Por ahora lo que abunda es el europeo medio, cuya fortuna, siendo media, es todavía bien superior a la nuestra. No estimamos ninguna desgracia que sean esos extranjeros los que nos visiten, ni mucho menos. Pero es claro que el mejor turista es el que se queda tiempo con nosotros, el que puede percibir esa trascendencia de lo español, que de ordinario se transmite por un contacto vital con las personas y el ambiente. Este es el fruto más granado que puede reportarnos la visita ajena. J. Toro quiere ponernos en guardia contra la “receptibilidad” absoluta en que se sitúa el español frente al turista, o mejor, frente al turismo. ¿Pero no es tal actitud la que, al fin, puede ganarnos la amistad de los extraños y habla alto de esa virtud de la acomodación que se ha negado tantas veces a los españoles? Bien está, sin embargo, advertir contra la receptividad papanata, característica de los sectores menos preparados.

Interesa sobre todo un turismo más estable, menos adocenado. Que sea, si no de eruditos, de espíritus capaces de captar una España más auténtica, y que puedan luego reflejar nuestra realidad en su ambiente. No tiene porqué coincidir con que sean más adinerados, pero sí cultural y mo-

ralmente más selectos. Entonces no será nada peligrosa nuestra receptividad, antes nacerán de ella muchos bienes de cultura, educación y caridad.

Atraigamos a los mejores, retengamos a los que vengan. Hay que preparar las "camas del otoño" y es necesario proporcionar a los visitantes un sano descanso con una degustación íntima, selecta, de aquello español que lo merezca. ¿No será posible señalar en los carteles otros alicientes que el sol y la flamencada? Si "Spain is different" vale más como frase, una propaganda inteligente ha de encauzar a la opinión por mejores derroteros turísticos. Tal vez sea viable, por ejemplo, ofrecer también un turismo de rutas y actividades especiales, de índole casi exclusivamente artística, o religiosa, o de calidad histórica. Se trata de una política del turismo a verdadera altura, que humanice y dignifique novedad tan maravillosa.

Fernando Toscano S. I.

«EL CIERVO», Octubre de 1962

«Una mujer inquieta»

por Lorenzo Gomis

Lorenzo Gomis nos ofrece en *El Ciervo* una semblanza ágil, bien trazada, de Santa Teresa. Se lee con interés; no sólo por su estilo sugerente y fino análisis, sino también por lo que representa. Dice mucho a favor de un ambiente, más o menos vinculado a lo universitario, esa actitud abierta al mensaje humano y sobrenatural de Teresa de Jesús. También, ¿por qué no?, dice mucho a favor de Teresa —como mujer y como santa— la atracción indudable que su espíritu ejerce hoy en nosotros: siglo XX sin Indias, sin carretas y con poco peligro de "alumbrados". Sin embargo, no es sólo un centenario que pasa ante nosotros en las horas profundas del Concilio. Bien anota Gomis en su semblanza este dato ambiental: tres años antes de terminar el Concilio de Trento, la santa carmelita empezó su pequeña reforma. La Iglesia, una vez más, es unidad de espíritu. Y el Espíritu Santo que vela por la Iglesia en los Concilios, es también el que impulsa el arranque evangélico de Teresa.

Ella, sí, escribió libros. Gomis los llama "libros peligrosos, atrevidos: libros que enseñan a hacer oración". Peligrosos y atrevidos, claro está, para aquellos "medio letrados espantadizos" sin discreción de espíritu o con déficit de ciencia. Falta de luz, que se vuelve tinieblas espesísimas, por el miedo constante a un falso misticismo. Sin embargo, los libros de Teresa jamás serán audaces ni atrevidos en el sentido oscuro, demasiado autosuficiente, de otros muchos escritos. Hay en cualquier pasaje de la santa una sabia humildad que es "sentido de la Iglesia", flexibilidad espiritual sin condiciones, dispuesta a aceptar siempre la corrección más mínima que, en nombre de la Iglesia, se le hiciera. Quizá uno de los rasgos más hermosos de los santos reformadores haya sido la unión de luz sobrenatural con actitud del alma en constante abertura a la voz de la Iglesia. Teresa de Jesús lo afirma claramente. Baste sólo una cita: "Siempre en cosas dificultosas, aunque me parece que lo entiendo y que digo verdad, voy con este lenguaje de que "me parece"; porque si me engañare, estoy muy